ΣΟΦÍΑ

REVISTA TEOSÓFICA

SATYÂT NÂSTI PÂRO DHARMAH

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA CALDEA ANTIGUA

(CONTINUACIÓN)

Pero completamente aparte de tales observancias, que parece eran comunes á todos, cada persona tenía sus oraciones propias especiales que dirigir á la deidad particular á que por su nacimiento estaba ligado; y el tiempo apropiado para ellas variaba constantemente con los movimientos del planeta. El momento en que cruzaba el meridiano, parece que era el más favorable de todos; y después de éste los primeros minutos que seguían á su salida ó inmediatamente después de su puesta. Sin embargo, podía hacerse la invocación á cualquier hora mientras se hallaba sobre el horizonte, y hasta cuando estaba debajo la deidad del planeta no estaba por completo fuera de alcance, aunque en este caso sólo se dirigían á ella en circunstancias de gran apuro, y el ceremonial que se empleaba entonces variaba por completo.

Los calendarios especiales preparados por los sacerdotes para los fieles de cada una de estas deidades planetarias, contenían detalles completos respecto de las horas propias para las oraciones y los versos adecuados que había que recitar en cada una. Para cada planeta se daba lo que pudiera llamarse una especie de libro de oraciones periódico, y todos aquellos que estaban ligados á un planeta dado, debían tener cuidado de proveerse del correspondiente ejemplar. A la verdad, estos calendarios eran algo más que meros recordatorios de las horas de oración; eran pre-

parados bajo condiciones estelares especiales (cada una bajo la influencia pe su deidad propia, por decirlo así) y se les atribuía diversas propiedades talismánicas, de suerte que el devoto de determinado planeta, siempre llevaba consigo su último calendario.

De esto se derivaba, por tanto, que el hombre religioso de la Caldea antigua no tenía horas regulares de oración, como hoy sucedería, sino que, por el contrario, sus horas de meditación y ejercicios religiosos eran movibles, y unas veces tenían efecto por la mañana, otras al medio día y aún á media noche; pero, cuando quiera que fuese, nunca dejaba de observarlas; por mucho que la hora estorbase á sus negocios, á sus placeres ó á su descanso, hubiera considerado como una falta grave á su deber si la hubiese descuidado. En lo que podemos ver, no le ocurría el pensamiento de que el espíritu del planeta pudiera resentirse en modo alguno si descuidaba la hora, ni, á la verdad, de que fuese posible que tal espíritu pudiera sentir cólera alguna; la idea era más bien que en aquel momento la deidad emanaba una bendición, y que no sólo sería una necedad, sino también un acto de desagradecimiento el perder una oportunidad tan bondadosamente ofrecida.

Esto, sin embargo, sólo era lo que pudiera llamarse las devociones privadas de la gente; pues además tenían grandes y vistosas ceremonias públicas. Cada uno de los planetas tenía asignado por lo menos dos grandes días de fiesta al año, y el Sol y la Luna, en todo caso, se apropiaban muchos más de dos. Cada espíritu planetario tenía sus templos en varias partes del país, y en las ocasiones ordinarias los fieles se contentaban con hacerles frecuentes visitas; pero en las fiestas más grandes á que nos hemos referido, una enorme multitud se reunía en una vasta llanura en la proximidad de la capital, en donde había un grupo de magníficos templos, que imagino era absolutamente único en el mundo.

Estos edificios eran por sí solos dignos de atención, como magníficos ejemplares de un estilo de arquitectura prehistórica; pero su mayor interés consistía en el hecho de que su arreglo era evidentemente una representación del sistema solar, y que, cuando su disposición era comprendida, mostraba, de modo indudable, que sus autores poseían grandes conocimientos sobre el asunto. El más grande, con mucho, así como el más espléndido de todos era el templo colosal del Sol, que será necesario que describamos con algunos más detalles. Los otros, construídos á distancias cada vez mayores de éste, pudiera parecer á la primera ojeada que

habían sido hechos con arreglo á lo que imponía la conveniencia y no bajo un plan ordenado.

Un examen más atento, sin embargo, demostraba que *existía* un plan, y de los más notables, que no sólo las distancias gradualmente mayores de estos templos más pequeños al principal tenían una razón definida y un significado determinado, sino que hasta las dimensiones relativas de ciertas partes importantes de estos templos no eran accidentales, sino que eran tipos bien definidos de los tamaños de los planetas respectivos y de sus distancias respecto al orbe solar.

Ahora bien; para cualquiera que sepa algo de astronomía, es claro que el intento de construir en una escala dada un modelo del sistema solar con templos, estaría condenado al fracaso; se entiende en el caso de que hubiesen de servir para el culto en la forma ordinaria. La diferencia de tamaño entre el Sol y los demás miembros de su familia es tan inmensa, y tan enormes las distancias que guardan entre sí, que á menos que los edificios fuesen simples casas de muñecas, ningún país sería bastante grande para contener todo el sistema.

¿Cómo, pues, se arregló el sabio caldeo, que ideó este maravilloso grupo de templos, para vencer estas dificultades? Precisamente del mismo modo que lo hacen las ilustraciones de nuestros libros modernos de astronomía: usando dos escalas completamente distintas, pero conservando las proporciones relativas en las respectivas delineaciones. No hay nada en este maravilloso monumento de la antigua habilidad que nos pruebe que su autor conociese los tamaños y distancias exactas de los planetas, aunque, por supuesto, podía haberlos sabido; lo que es seguro es que conocía perfectamente sus tamaños y distancias *relativos*. Le habían enseñado, ó él mismo había descubierto la ley de Bode; lo demás que abarcaban sus conocimientos, es cosa que sus construcciones nos dejan en libertad de conjeturar, pero ciertamente debía saber algo acerca de la magnitud de los planetas, aunque sus cálculos en este punto diferían en algunos aspectos de lo que hoy se acepta.

Los sagrarios dedicados á los planetas interiores formaban una especie de conjunto irregular, que parecía muy unido bajo los muros del gran templo del Sol, al paso que los de los gigantescos individuos exteriores de la familia solar estaban esparcidos en la llanura á intervalos cada vez mayores, hasta que el representante del lejano Neptuno casi se perdía á lo lejos. Los edificios diferían en su forma, y ninguna duda me cabe de

que estas variaciones tenían su especial significación, aun cuando en algunos casos no pudimos comprenderla. Había, sin embargo, un rasgo común para todos ellos; cada uno poseía una cúpula central hemisférica, que evidentemente tenía una relación especial con el orbe que representaba.

Todos estos hemisferios eran de brillantes colores, teniendo cada uno los matices que la tradición caldea asociaba á cada planeta en particular. La razón en que se funda la elección de estos colores no está nada clara, pero volveremos á hablar de este asunto más adelante, cuando entremos á examinar las grandes festividades religiosas. Estas cúpulas no guardaban siempre la misma relación con las dimensiones de sus templos respectivos, pero al compararlas entre sí, se veía que correspondían muy aproximadamente al tamaño de los planetas que simbolizaban. Respecto de Mercurio, la Luna y Marte, las medidas caldeas de los tamaños relativos corresponden precisamente con las nuestras; pero Júpiter, Saturno, Urano y Neptuno, aunque inmensamente mayores que el grupo interior, eran decididamente más pequeños que lo que hubieran resultado de haber sido construídos en una escala con arreglo á los cálculos actualmente admitidos.

Esto puede haber dependido del empleo de reglas distintas para estos grandes globos, pero á mí me parece mucho más probable que las proporciones caldeas fuesen correctas y que la astronomía moderna ha exagerado considerablemente el cálculo de las dimensiones de los planetas exteriores. Hoy se ha establecido que la superficie que de Júpiter y de Saturno percibimos es la de una envoltura nebulosa muy profunda y densa, y de ningún modo el cuerpo de los planetas; y si esto es así, la representación caldea de estos globos sería tan exacta como el resto del esquema, y la extraordinariamente baja densidad que nuestros astrónomos asignan á los planetas exteriores, concordaría mejor con la de otros mundos dentro de nuestra esfera de examen.

Un número de detalles curiosos contribuían á probarnos el gran conocimiento del sistema que debía poseer el constructor de estos bellísimos santuarios. Vulcano, el planeta intramercurial, estaba debidamente representado, y el lugar en el esquema que debía ocupar nuestra tierra, lo ocupaba el templo de la Luna—un templo grande, aunque el hemisferio que lo coronaba parecía desproporcionalmente pequeño, estando construído exactamente en la misma escala que los demás. Próximo á este

templo de la Luna se levantaba una cúpula aislada, de mármol negro, sostenida por columnas, cuyo tamaño demostraba evidentemente que estaba destinado á representar la tierra, pero no existía santuario alguno relacionado con ella.

En el espacio (perfectamente calculado) entre Marte y Júpiter, no aparecía templo alguno, sino un número de columnas que terminaban cada una en una diminuta cúpula de la forma hemisférica usual, y estas columnas presumimos que representaran los asteroides. Cada planeta que poseía satélites los tenía cuidadosamente indicados por cúpulas subsidiarias debidamente proporcionadas y situadas alrededor de la principal, y los anillos de Saturno estaban también claramente expuestos.

En las fiestas principales de cualquiera de los planetas, todos los fieles de las deidades correspondientes (ó como diríamos ahora, las gentes nacidas bajo esos planetas) llevaban bien encima ó en lugar de sus vestidos ordinarios, un manto ó capa del color consagrado al planeta. Estos colores eran todos excesivamente brillantes, y la tela tenía un brillo semejante al satén, de suerte que el efecto era, por lo general, muy sorprendente, en especial muchos colores que tenían otros matices como fondo, como en la tela llamada tornasol. Una lista de estos colores será interesante, aunque, como antes he observado, las razones que dictaban su elección no eran siempre claras.

El vestido usado por los devotos del Sol era de una preciosa y delicada tela de seda, toda entretejida con hilos de oro, de suerte que parecía un verdadero tisú de oro. Pero el tisú de oro que conocemos ahora es de un tejido grueso y no flexible, al paso que aquél lo era tanto que se podía plegar como muselina.

El matiz de Vulcano era del color de la llama, vistosísimo y muy saliente, probablemente simbólico de la extrema proximidad de Vulcano al Sol y de las condiciones ígneas físicas que debe haber allí.

Mercurio estaba simbolizado por un matiz brillante anaranjado, tornasolado con color de limón, cuyos colores se veían con frecuencia en las auras de sus devotos, así como en sus vestidos; pero aunque en algunos casos los colores predominantes del aura parecen una explicación plausible de estas elecciones, hay otros casos en que no resultan adecuados.

Los partidarios de Venus se vestían de azul celeste puro y hermoso, con fondo de hilos de verde claro, que daba al conjunto una trémula iridescencia siempre que su portador se movía.

Las vestimentas de la Luna eran, naturalmente, de un material blanco, pero tan entretejido con hilos de plata, que prácticamente hubiera podido llamarse tisú de plata, como el del Sol tisú de oro. Sin embargo, á cierta luz, este traje lunar mostraba un hermoso matiz violeta pálido que realzaba mucho su efecto.

Marte, con bastante propiedad, vestía á sus devotos de un escarlata de brillo espléndido, pero con un fondo de un color carmesí fuerte, el cual, visto desde ciertos aspectos, ocupaba el lugar del primero. Este color no se podía confundir con los de Vulcano y Mercurio, de los que se diferenciaba por completo. Podía originarse cualquiera de ellos de la apariencia áurica ó del matiz rojizo del planeta físico.

Júpiter parece que revestía á sus hijos de una maravillosa materia de resplandeciente azul violeta, salpicada toda ella de diminutas manchas plateadas. No es fácil encontrar la razón de esto, á menos que verdaderamente pueda atribuirse á relaciones áuricas.

Los devotos de Saturno iban vestidos de un verde claro de puesta de sol, sombreado por un fondo gris perla, al paso que los nacidos bajo Urano llevaban un magnífico y rico azul profundo, ese color inimaginable de los Atlantes meridionales que sólo conocen los que lo han visto. El vestido apropiado á Neptuno era el menos que llamaba la atención, pues era un sencillo índigo obscuro, aunque con mucha luz, y mostrando también una riqueza inesperada.

C. W. LEADBEATER

(Se continuará).

EL USO DEL MAL

(CONCLUSIÓN)

He dicho, al tratar del dolor, que os mostraría cómo puede uno concluir con el mal; también dije que os mostraría cómo era posible que este mal que nos rodea, y que reconocemos como tal, puede perder gradualmente el poder de retardar que ejerce sobre nosotros, á medida que el Dios que está dentro de nosotros, se desenvuelve hacia fuera y nos llena de fuerza. Téngase presente que la senda, á lo largo de la cual os he

venido conduciendo, os permitirá mirar con conocimiento, y por tanto, con claridad absoluta, todas las formas del mal que nos rodean; vemos en ellas imperfecciones inevitables; y al percibir al alma humana luchando en la corrupción y en el mal, no hay que sentir cólera, ni intolerancia, ni odio, porque sabemos que esta alma, precisamente á causa del mal con que lucha, adquirirá gradualmente fuerza y quedará triunfante. Así habréis por fin comprendido cómo lo Divino está en todas las cosas, lo mismo en el bien que en el mal; que Shri Krishna es el vicio del jugador, como es la pureza del justo, y que nuestro universo se llenará de esperanza; pues reconoceréis que el todo trabaja por la perfección, y que el bien y el mal son las dos fuerzas que cooperan á librar al alma: la una llevándola hacia arriba, la otra destruyendo todo aquello á que se adhiere y que no es Dios. Pero el punto á que deseo conduciros es que, á medida que reconozcáis gradualmente estos hechos, veáis que el objetivo del yo individual es convertirse perfectamente en uno con la corriente interna de la Vida Divina: este es el principio de la comprensión, el principio del reconocimiento del significado del universo, y principiaréis á utilizar lo que parece mal, á fin de que podáis desprenderos de todo aquello que os ata al aspecto transitorio de la naturaleza, y así consideraréis al dolor como un auxiliar verdadero. El dolor se dice que es un mal. El dolor no es agradable, pero no es un mal; es deseable, porque es una condición para obtener la perfección, la cual no podría alcanzarse sin él. ¿Y por qué? Porque el desarrollo debe hacerse consciente, esto es, que debe haber un desarrollo gradual de pensamiento dentro de nosotros. ¿Y por qué procedimiento puede asegurarse ésto? Cuando marchamos hacia un objeto que nos atrae, sólo buscamos al principio una satisfacción. Pero en lo externo no hay satisfacción permanente; en lo externo que atrae al alma iluminada, no existe nada que pueda darle una satisfacción permanente. El alma ha sido comparada al conductor de un carro, guiando al carro del cuerpo, y que usa la mente como las riendas que sujetan los caballos de los sentidos; cuando estos caballos corredores llevan al alma hacia los objetos de deseo, ¿cómo puede aprender aquélla que estos objetos no son verdaderamente deseables? ¿Cómo puede perder el deseo que le arrastra hacia esas cosas que jamás llegan á satisfacer? ¿Cómo ha de aprender á volverse hacia el centro interno y buscar tan sólo á Brahman? Sólo puede aprender á apartarse de sus deseos cuando vea que todo lo que no es Brahman, pasa, y al pasar causa sufrimiento. Deseáis la complacencia de vuestros sentidos, ¿cómo habrá de

eliminar tal deseo? Sólo descubriendo que el placer que dan es muy transitorio, y que si se lleva demasiado lejos ocasiona disgusto, sufrimiento, dolor, y que, por tanto, la libertad y la sabiduría del hombre consisten en librarse del deseo de los placeres de los sentidos; pues al sentirnos atraídos por el sentido del gusto, porque es agradable, si vemos que su satisfacción desmedida causa pena, comenzaremos á entender que es más prudente escoger un objeto más estable que la satisfacción de este placer. Entonces se arranca de raíz el deseo, y ya no pueden brotar estos retoños inferiores. Pero jamás convenceremos á los hombres de esta verdad, hasta que la experiencia de seguir los objetos de los deseos inferiores, les haya proporcionado los resultados que de ellos emanan. El argüir no sirve de nada, el razonar es inútil, sólo cuando el hombre haya pasado por la experiencia, cuando haya satisfecho su gusto por completo, cuando se haya hecho glotón, caerá en la cuenta de que ha hecho su cuerpo miserable, su vida un largo sufrimiento, que las enfermedades son el resultado de las satisfacciones que experimentara, que el placer produce *dolor;* entonces no querrá volver á satisfacerse del mismo modo, y arrancará la raíz del deseo, ó más bien, dará principio al proceso de arrancarla, porque tal proceso es muy largo. Y esta es la única manera como puede extirparse el dolor. Sólo podemos librarnos de él comprendiendo gradualmente, por medio de la experiencia, que la satisfacción de todo deseo que no se dirija á lo alto, es una matriz de dolor que produce la desgracia como hijo. Nada más que la experiencia puede librarnos del dolor; no por impulsión externa, sino por voluntad interna debe tener lugar la destrucción del deseo, y esto es obra del dolor. Por esta razón el dolor, erróneamente llamado mal, es una de las mayores bendiciones dispensadas al hombre, á fin de apartarlo de lo transitorio y fijarlo en lo eterno; pues sólo por medio del dolor es posible que aprenda, sólo por el disgusto del mundo surgirán esas aspiraciones internas que finalmente se satisfarán con la visión de la *Verdad Divina.*

No interpretéis indebidamente lo que os digo, pues el interpretarme mal es muy fácil, pero también muy peligroso. El estado de la satisfacción completa del deseo de que os hablo, es el estado de la infancia del alma, aun antes de que la memoria, representándose los pasados sufrimientos, al continuar satisfaciéndose, se traduzca como la voz de la conciencia y advierta á la naturaleza inferior del peligro de ceder al deseo. Cuando una experiencia ha sido suficiente para producir tal aviso del alma, entonces

sería locura descuidarlo y satisfacer, no obstante, el deseo. La completa satisfacción del deseo pertenece al estado en que se cede á la atracción externa sin vacilación, sin una duda, sin una pregunta, y no es seguida por ningún pesar, por ninguna vergüenza, por ningún remordimiento. El que surja en la mente una pregunta respecto de la propiedad ó la prudencia de satisfacer un deseo, demuestra que la memoria del alma contiene anales de sufrimiento que se refieren á satisfacciones semejantes en el pasado; pues de otro modo la pregunta no surgiría. Si el hombre cede á pesar del aviso, el dolor del remordimiento se añadirá al dolor de la saciedad, y sólo de este modo se aprenderán lecciones sucesivas, hasta que, finalmente, comprende que lo sabio es rehusar la adquisición de dolores futuros á cambio de placeres temporales. Y entonces principia á matar por hambre á los deseos, negándose á alimentarlos, al paso que corta de raíz los dolores que las satisfacciones ocasionan con el hacha del conocimiento, forjada por la experiencia. Todo hombre de mediano desarrollo, todos los que no son los más bajos y más bestias, han alcanzado el estado en que la voz de la conciencia es oída, y por tanto, deben empezar á cooperar conscientemente con la tendencia de salir del fango de la materialidad hacia la vida espiritual.

¿Cómo podremos, pues, romper nuestros lazos? La verdadera respuesta la sugiere esa ley que he tratado de describiros. Los lazos son rotos por esas experiencias inevitables que, vida tras vida, enseñan al alma la naturaleza del universo á que ha venido. El deseo del bien la atraerá, lo mismo que el deseo del mal; el deseo de la felicidad religiosa la atraerá, lo mismo que el deseo de los goces terrenales, el deseo de la alabanza de los hombres, del amor y hasta del conocimiento mismo. Un alma puede desear resultados de carácter elevado y noble; pero sin embargo, es un deseo de resultados, y esto la liga á los sitios en donde esos resultados se encuentran. Por tanto, á fin de librarnos de *Karma*, debemos librarnos del *deseo*. No cesar en la acción, lo cual no es necesario, sino obrar sin deseo, haciendo todos los esfuerzos indispensables, pero permaneciendo indiferente á los resultados. Esta es la lección familiar enseñada por Shri Krishna, esta es la esencia de toda verdad. La renunciación del deseo, no de la acción, es lo que constituye al Sannyasi verdadero, al *verdadero* Yogi, no al que sólo lleve la vestimenta amarilla y las cenizas, sino al Yogi que ha roto todos los lazos del deseo, y no sencillamente al que renuncia externamente; pues el hombre de acción que ejecuta todos los actos porque es su deber, y per-

manece indiferente al fruto de ellos, es en el mundo el servidor de Dios; es el que ejecuta cada acción, no por lo que le produzca, sino porque llena algún vacío que debe ser llenado en el mundo en que vive como agente de Dios. El hombre que comprende que la rueda de la vida debe dar vueltas, y que toma parte en la revolución de la rueda, no por lo que el movimiento pueda darle, sino á fin de que la Vida Divina pueda continuar su curso, ejecuta su parte trabajando sin afición, y da vueltas á la rueda sin cuidarse de si le acarrea placer ó dolor, alabanza ó vituperio, fama ó ignominia, conocimiento divino ó ignorancia, sea lo que fuera lo que la rueda le traiga. Sólo percibe que es su deber cooperar con Dios mientras persista la manifestación, y por tanto, se identifica con el Dios de quien proceden las vueltas de la rueda. Entonces él es uno con Shri Krishna, que declaró que El nada tenía que obtener ni en el cielo ni en la tierra, pero que si El cesaba de actuar todo cesaría. Y, por tanto, el devoto que actúa, no para obtener algo, sino á fin de que se cumpla el propósito divino, actúa por el sacrificio; ofrece todos sus actos como sacrificios á Dios, y permanece indiferente á los frutos del sacrificio, pues aquellos están á los pies de Dios y no en el corazón del devoto. Hombre semejante no engendra *Karma*, porque no tiene *deseos;* hombre semejante no crea lazos que le sujeten á la tierra, un hombre así es espiritualmente libre, aun cuando á su alrededor broten las acciones por todos lados. Esto sucede cuando el hombre nace dentro de la esfera del conocimiento; esto sucede cuando el hombre nace dentro de la esfera de la devoción; y la vida de tal hombre es un altar, y ardiendo en este altar se encuentra la llama de la devoción y del conocimiento. Toda acción es arrojada al fuego y consumida allí, elevándose como el humo de un sacrificio y no dejando nada en el altar, á excepción del combustible del conocimiento y del fuego del amor.

Tales son, pues, aunque imperfectamente bosquejadas—pues el asunto es demasiado vasto — las líneas á lo largo de las cuales podéis estudiar el antiguo problema, y que puede hacer más clara para vosotros la razón de por qué existen el dolor y la imperfección: hemos visto que el mal se origina en la limitación, hemos visto que el mal no es más que una cosa relativa, y cómo lo que llamamos mal es amenudo sólo un velo del mal, y debajo un bien futuro. Hemos visto cómo ciertas acciones de los hombres, cuando son desarrollados, se convierten en mal, el cual en una organización inferior no sería en modo alguno tal mal; cómo á medida que el hombre adelanta más y más, puede emplear el mal para su propia perfec-

ción; cómo el hombre trata de escapar del dolor y de perseguir el placer; cómo el deseo permanece en su corazón y le atrae á la tierra, y avanza y avanza, purificando el deseo, identificándose con el Actor Divino en el universo; luego, cómo ninguna acción tiene ya para él fuerza alguna retentiva; cómo un hombre semejante está libre de mal, y libre de todos estos lazos que atan las almas de los hombres; y finalmente, cómo se convierte en un altar del cual sale constantemente el humo del sacrificio hacia lo Eterno. Esta es, verdaderamente, la vida digna de vivirse; este es, verdaderamente, el camino en que se encuentra la paz y la tranquilidad. Esto sólo lo penetra el Yogi verdadero. Comparad esto con la vida del hombre que pende del mundo, lleno de disgusto, lleno de descontento. Contemplad los seres humanos que nos rodean; mirad sus rostros; ved cómo reflejan la ansiedad, la turbación y la injusticia; y ved cómo el corazón de los hombres es atravesado por el dolor y desolado por las catástrofes, por las miserias, por las esperanzas y temores; cómo es llevado de un lado á otro, de aquí para allí, y muchas veces inducido á la ruína.

Y luego comprended cómo Brahma es la dicha. Dicha, pero ¿cómo? Dicha, porque allí hay unidad; dicha, porque allí no existe el deseo; dicha, porque allí está el conocimiento de lo permanente, que nada transitorio puede turbar. De este modo, el alma humana que se desespera, encuentra la calma, si está fija en *Brahman*; de este modo encuentra la paz la turbada alma humana. ¿Quién puede negar *esto* al alma que conoce su origen, que ha encontrado al Yo? Tú eres *Brahman*. No hay nada que pueda turbar ésto; nada que pueda destruirlo, nada que pueda cambiarlo. Está indisolublemente fijo en la inmutable, en la Eterna Verdad. No tiene en sí nada de terrestre que pueda morir. El cuerpo no es el alma; la enfermedad puede estropearlo, un accidente destrozarlo, la muerte destruirlo, pero el alma permanece sin cambio. Puede destruirse la mente inferior, pero no habrá por ello pérdida verdadera; pueden cambiar las circunstancias individuales, pero el «Yo» es inmutable. Puede ocurrir la separación de los cuerpos, pero la unidad interna permanece sin interrupciones, y así ningún cambio externo puede conducirla á la miseria ó la desesperación. Un alma semejante es como roca en medio de los hervores de las mugientes olas. Las olas de la desgracia hierven á su alrededor, pueden estrellarse contra ella, pero sólo para convertirse en espuma y caer en nívea guirnalda que adorna su base, tornándola más hermosa que antes. Así sucede con el alma que se identifica con el Uno; así sucede con el alma, que por me-

dio del conocimiento y la devoción se ha libertado de todo lo transitorio y se ha cimentado en lo Divino. Esta es la meta; la meta que puede alcanzarse por todos nosotros, y el logro de esta meta es el OBJETO DEL MAL EN EL UNIVERSO.

ANNIE BESANT

LOS COMIENZOS DE LA QUINTA RAZA

(CONCLUSIÓN)

Este movimiento los llevó directamente á las orillas de lo que era entonces un mar que ocupaba toda la región que ahora es Desierto de Gobi en Asia. En este punto al fin encontraron reposo los emigrantes, y allí vivieron ellos y sus descendientes durante edades, sometidos de buena voluntad al gobierno del Manu. La autoridad de este gran gobernante era para ellos la voz de Dios, y en encarnaciones sucesivas permaneció siempre en realidad el mismo gran jefe, cuya tarea, antes interrumpida, principió entonces verdaderamente. En la comunidad central asiática transmitió las potencialidades de la nueva raza á los descendientes físicos de la suya propia. Todos los arreglos previos habían tenido el carácter de preparatorios. Entonces la nueva raza comenzó realmente. Y nada da una idea tan completa del espíritu elevado y de la devoción al deber que consiguió infundir en la comunidad que gobernaba, como las leyes que regían su vida de familia, las cuales fueron escrupulosamente observadas durante una larga serie de edades. Ellas impidieron, durante cierto tiempo, el aumento de población. No se permitía más que un hijo á cada familia. Si el primogénito era varón, entonces los padres ya no aspiraban á más descendencia. Si eran hembras, solo á una le era permitido casarse. En nuestro conocimiento presente del gran proceso evolutivo, el fundamento de esta regla resulta comprensible. Al principio sólo había pocos Egos en estado de encarnar en el adelantado núcleo de la nueva raza. La empresa hubiera fracasado si estos cuerpos más perfectos hubiesen sido ocupados por almas insuficientemente desarrolladas. Pero la gente que se sometía á la dirección del Manu en tales asuntos, no estaba bastante ilustrada en los conocimientos ocultos para comprender sus motivos. La reverencia y devoción que por él tenían, eran la causa de su obediencia,

y siempre le consideraban como un profeta inspirado por la Divinidad. Esto, no obstante, no es menos de admirar su inquebrantable adhesión á la idea del deber, en conflicto constante, como debió estarlo, con sus propias inclinaciones. Por lo demás, era una gente muy sencilla, que llevaba una vida muy primitiva, la cual reflejaba muy poco ó nada de la avanzada civilización Atlante. Tan ansioso estaba el Manu de preservarlos de la influencia corruptora de la sensualidad atlante, que se les prohibió practicar algunas de las artes que tan lejos se habían llevado entre los atlantes. Así se les prohibió construir estatuas de formas de hombres y animales, para que no cayeran en la costumbre atlante del culto á sí mismo, y en este decreto podría encontrarse el origen de ciertos mandamientos de una escritura muy antigua respecto de no «grabar imágenes». Los lectores modernos de estos mandamientos tienen una idea muy imperfecta de su verdadera antigüedad, y del curiosísimo modo en que muchas tradiciones judías reflejan los decretos del Manu de la raza Aria. Los hechos reales son doblemente interesantes, por razón de que la tremenda antigüedad de la colonia Aria original los explica en parte, al paso que los demás se explican por una profunda errónea comprensión. El pueblo hebreo salió realmente, bajo las circunstancias que describiremos ahora, de la primera colonia Aria en la región que actualmente es Siria, y los judíos tenían una impresión exacta de la noción de que en un principio habían sido un pueblo escogido. Pero el objeto de tal elección no fué por ellos cumplido. Por el contrario, eran los descendientes de la primitiva colonia que fracasó en el propósito para el que había sido elegida. En época posterior, un cuerpo de gentes que se disgregó del cuerpo principal en el Asia Central, fué expresamente enviado á la primera colonia para suministrarle nueva sangre, pero algunos de entre ellos no quisieron aceptar el beneficio, y hasta el presente sus descendientes han permanecido esperando por algo que debía suceder, y que realmente sucedió sin su cooperación, hace cosa de un millón de años. Esto, no obstante, no parece ilógico presumir que el más grande profeta de su escritura representa, en una historia que no ha sido poco pervertida en el transcurso de las edades, al Manu original, aun cuando algunas tradiciones concernientes á un personaje de mucha menos importancia y muy posterior — algún jefe judío de fecha muchísimo menos remota — han contribuído, indudablemente, á trazar el retrato que ahora se tiene de Moisés. La tarea de desenredar del relato general esos pasajes que realmente se refieren á las tradiciones del

Manu, atraerá, sin duda, la atención de los investigadores en un porvenir no muy lejano, cuando se aprecie mejor el valor de la luz que derrama actualmente en la historia pasada de la raza humana la acción teosófica.

La explicación que hemos dado referente á las reglas establecidas por el Manu para regular la vida de la familia, hacen ver la causa principal del inmenso período de estancamiento, durante el cual la raza se desarrolló tan lentamente. La regla precisa antes descrita, se relajó con el tiempo, á medida que hubo más Egos en estado de encarnar en la nueva raza, pero transcurrieron muchos siglos antes que los Arios fuesen suficientemente numerosos para emprender las emigraciones á que eventualmente estaban destinados. Durante este período, aunque se hallaban establecidos en las orillas del mar, no tomaron rápidamente el carácter de un pueblo marítimo. Sus primeras excursiones en el agua fueron en embarcaciones poco mejores que balsas, y transcurrió un larguísimo período antes que tuvieran algo que pudiera llamarse botes. Eventualmente, los Arios descubrieron una isla en el mar central, en la que se encontraban los restos de una antigua ciudad lemura, y estableciéndose allí, la convirtieron en una de sus propias grandes ciudades; pero aunque la isla en cuestión está ahora perdida en las arenas del desierto de Gobi, lo está menos que la mayor parte de las ciudades del período primitivo. Nuestros antepasados de la Quinta Raza sufrieron tremendas catástrofes en las grandes convulsiones naturales que acompañaban al estado mudable de la geografía que representa el primero de nuestros mapas Atlantes. Pero estas catástrofes no se presentaron hasta 200.000 años después de la fundación de la raza, la cual, por este tiempo, se había convertido en una gran nación, ó más bien en un agregado de naciones, y había lanzado la primera de sus grandes emigraciones sobre la península del Indostán.

No hay que figurarse este proceso como un desmembramiento de los indo-arios del tronco original. Las comunicaciones se mantenían libremente entre el imperio original y el país acabado de ocupar ó de conquistar, y un solo gobierno supremo regía á entrambos. Este estado de cosas sugirió la idea de que la barrera de montañas entre el Asia Central y la India, no era en aquel tiempo tan formidable como ahora, y es muy probable que las convulsiones que deprimieron una gran parte del Asia Central, puedan haber contribuido al levantamiento de la cordillera de los Himalayas, más fácilmente franqueable en el tiempo de la emigración

Aria que lo que es ahora. Pero haciendo todo género de conocesiones para tal estado de cosas, el avance de los Arios fué muy lento.

La población indígena de la India en la época de la invasión Aria, consistía en parte de la raza Atlante, que en todos lados penetraba, y en parte de los restos que aún sobrevivían de las primeras razas lemuras. El país actual de la India es de inmensa antigüedad y aparece en el primero de nuestros mapas Atlantes, que representa la configuración de la tierra hace un millón de años, pero existiendo de mucho tiempo antes. Parece que fué habitado por algunas de las primeras subrazas de la Cuarta, y éstas resistieron tenazmente toda invasión. Eran menos numerosos en las regiones Septentrionales que en las del Sur, de suerte que los Arios ocuparon las fronteras del Norte del país con relativa facilidad, pero á medida que trataron de avanzar encontraron una resistencia que no pudieron dominar tan pronto. Continuamente eran rechazados, y la historia de sus movimientos durante largos siglos parece haber sido de constante lucha, en relación con la cual, verdaderamente, la constitución del pueblo indio hasta hoy en día, nos demuestra que la gran masa de la población de la Cuarta raza no fué nunca efectivamente conquistada por las tribus del Norte. Aun hoy, de 280 millones de habitantes, 260 no son de origen Ario.

En el *Esoteric Buddhism* se declaró como un hecho, no explicado entonces, que la primitiva población de la India es todavía la primera subraza de la Quinta gran raza raíz. Ahora vemos cómo esto sucedió. Cuando tuvo lugar la emigración hacia el Sur, todos los Arios del Asia Central eran todavía de la primera subraza, aunque la segunda subraza había ya principiado en aquella colonia siria original, á la que habían sido enviados algunos individuos de la primera. Los indo-arios pasaron á través de las edades, con el impulso original del primer gran flujo. La India posee todavía en su antigua literatura restos de su influencia primitiva. Las leyes del Manu original no fueron escritas durante un período inmenso de tiempo, sino que fueron transmitidas por tradición á través de muchas generaciones de guardianes cuidadosamente enseñados, un cuerpo de hombres á quienes no podría aplicarse propiamente el nombre de sacerdotes, pero en quienes radicaban algunas de las funciones asociadas con el término. Guiados nosotros por hábitos de pensamiento asociados con la desconfianza que nos merece la imprenta moderna, nos inclinamos á creer la tradición un sistema descuidado é imperfecto para la transmi-

sión de los Anales, pero en los tiempos antiguos parece haber dado mejor resultado, en todo caso, que la escritura. Hay razones para creer que sólo cuando las «Instituciones de Manu» fueron escritas por primera vez, y que el sagrado deber de recordarlas fué abandonado, fué cuando la corrupción principió á mezclarse. Pero en todo caso, la colección de preceptos conocida hoy como las Instituciones ó Libro de Manu, es una versión tan entresacada y pervertida que ha perdido toda semejanza con el original. Ha sido corregida por generaciones de sacerdotes para servir á sus propios fines, y entre otras corrupciones, ha sido posteriormente muy alterada á fin de dar fuerza al deplorable y pernicioso sistema de las castas que actualmente encontramos dominando en el pueblo indio. Las castas tuvieron un comienzo racional, como toda otra práctica después perniciosa; pero el sistema de castas del Manu original — si es que puede dársele este nombre — no tenía ninguno de los rasgos característicos que distinguen al sistema moderno. No era un sistema de derechos de nacimiento, sino una clasificación de la gente, con arreglo á sus cualidades reconocidas para ésta ó aquélla carrera en la vida. No existía cosa semejante á una barrera dura y firme entre una y otra casta, sino que todo el que se mostraba digno de ello y lo deseaba, podía elevarse de una en otra. Puede razonablemente suponerse que la casta más elevada comprendía á aquellos más calificados para transmitir á sus descendientes las características que hacían á los vehículos más propios para la encarnación de los Egos más avanzados; y es indudable el hecho de que en los primeros tiempos del desarrollo del sistema de castas indio, las reglas de vida establecidas por los brahmanes tenían el mismo objeto. Pero tan pronto como la casta brahmin se convirtió sólo en asunto de nacimiento, su degradación fué un hecho. La degradación podía ser lenta, pero no quedaba ningún medio para desechar las excepciones indignas de la corriente general de la herencia, ningún medio para refrescar la corriente con la adición de personas de cualidades apropiadas excepcionales, nacidas de padres no brahmanes. El sistema degeneró por completo, y gradualmente se convirtió en la maldición que hoy en día es para la India.

Tratemos ahora de considerar las últimas emigraciones de la Quinta Raza, que dieron origen al desarrollo de sus últimas subrazas. La gran emigración Sudoeste á la India, parece que se verificó antes de las catástrofes geográficas de hace cosa de 800.000 años, las cuales no sólo se sintieron en su intensidad máxima sobre todo el continente Atlántico, sino

que hicieron cambiar, como lo demuestran nuestros mapas Atlantes, la faz del Norte de Africa así como de Asia. En cuanto á Europa, casi no vale la pena de hablar de ella antes de esta época. Unas cuantas islas al Norte, que ocupaban la situación que es ahora parte de Lapland, y que se extendían en dirección Sudeste hacia lo que eran entonces las orillas septentrionales de Asia entre las latitudes 50° y 60° Norte, constituían la única tierra destinada después á formar el continente tan estrechamente relacionado con la última civilización de la quinta raza. De Africa no existía nada más que una lengua irregular de tierra, que se extendía desde los confines occidentales de la masa Asiática hacia el continente Atlante, y continuando más allá en esta dirección el hombro occidental de Africa tal como está ahora configurado. Por los cambios sufridos hace 800,000 años, todo el continente Atlante fué hendido en dos, de Norte á Sur, y su disminuída masa del Este se separó de la tierra del Oeste, la cual principió á bosquejar la forma de las dos Américas. Una gran masa de la tierra de Europa se levantó en el Noroeste, constituyendo una expansión prodigiosa de la isla Lapland original, de suerte que esta porción de territorio levantado comprendía no sólo toda la Península Escandinava actual, sino también las islas británicas; y el área que hoy es Mar del Norte se extendía hacia el Oeste hasta el meridiano veintitrés de la longitud Oeste. Al mismo tiempo el mar que había sido antes el límite septentrional del continente asiático, se lanzó hacia el Sur, llegando en una dirección hasta el paralelo treinta y tres de latitud, destruyendo una gran parte de la población de la Quinta Raza. Una de las dificultades que se nos presentaban hasta ahora para comprender el enorme intervalo de tiempo transcurrido desde su inauguración, se explica en parte de este modo. La gran masa que permaneció detrás, en la cuna de la raza, después de la gran emigración hacia el Sudoeste, fué más que diezmada por la gran catástrofe de que hablamos, la cual es de presumir que ejecutó su parte de este modo en el programa de su desarrollo. Por no tener siempre presente los verdaderos principios, según los cuales procede la evolución del individuo así como la de la raza, nos hallamos propensos á aterrarnos ante las crisis naturales en que millones y millones de seres son «lanzados á la eternidad» — expresión de la idea conforme á una ridícula frase moderna. Para los individuos comprendidos en estos millones no constituye mal alguno la vuelta temporal al estado de existencia devachánica, una vez pasado el choque momentáneo de la transición. Resulta un inci-

dente en la larga serie de encarnaciones, de interés no muy extraordinario, cuando se le considera desde cierto punto de vista en época posterior. La extinción prematura de una vida cualquiera en los primeros tiempos de su progreso en la evolución, parecerá, en un examen retrospectivo, una circunstancia en extremo insignificante si se le compara, por ejemplo, con el desarrollo en alguna vida dada, de un pensamiento que hubiese investido al Ego Superior de una capacidad receptiva de progreso espiritual, ó bien, considerándolo por el lado opuesto, si se le compara con una encarnación mal empleada, que por muy placentera que fuese puede haber detenido el crecimiento verdadero del alma durante muchas vidas más.

Qué razón hubo para considerar conveniente la producción de la Quinta Raza mucho tiempo antes de la época en que debía llegar á su madurez, y luego detener su progreso, ó más bien la multiplicación de su número — lo cual no es en modo alguno lo mismo que progreso — es asunto que no estamos en situación de tratar, como tampoco podemos criticar otros aspectos del plan evolutivo; pero en todo caso podemos ahora apreciar algunos de los hechos externos, y vemos que al paso que la vejez de la raza Atlante estuvo con frecuencia sujeta á convulsiones violentas de la naturaleza, éstas eran mucho menos importantes en sus efectos con respecto á la adolescencia de la quinta raza.

El origen de la segunda subraza ó sea la Aria-semítica ha sido ya indicado. La tercera subraza que hemos llamado Irania tuvo su origen en una región que, después de la catástrofe de hace 800.000 años, formó la parte Noroeste de la masa Asiática sólida — tierra que actualmente es en parte Rusia europea y parte la Siberia occidental — tal como es ahora, con todo lo que constituye la Persia, el Egipto y la Arabia, así como con la masa principal del continente africano, levantado por el gran cambio geográfico que se había verificado. No conocemos todavía la fecha exacta de la emigración á esta región; pero parece que la colonia se formó en la parte Norte de la misma. Hay indicaciones de que esto tuvo lugar mucho tiempo después de la gran catástrofe, cuando los fragmentos supervivientes de la población de la Quinta Raza del Asia central se habían convertido nuevamente en población numerosa. Los Iranios, al definirse como tercera subraza en la parte Norte de la región mencionada, emigraron á su vez hacia el Sur, á las tierras que hoy son Persia, Afghanistan y Arabia, llegando muchos de ellos á Egipto también. Los primitivos egipcios

eran, como tipo, más iranios que otra cosa, aunque los iranios que inmigraban debían proceder de un ingerto en un antiguo tronco Atlante.

La cuarta subraza, los celtas, es el producto de una gran marea de emigración occidental que procedía originalmente de las orillas del mar del Asia central, y que adquirieron las características que los diferenciaban del tronco original, en el país que se halla al Este del mar Caspio.

Se observará que ninguna ley natural exige que cada subraza de una raza raíz se desarrolle de la subraza inmediata precedente. Esta clase de desarrollo tiene efecto algunas veces, pero otras, las subrazas posteriores, pueden derivarse directamente del tronco padre. El carácter celta nada debe en este sentido al temperamento más grave y permanente de los iranios. Desde un principio los celtas parece que fueron una gente inquieta y belicosa, y últimamente se extendieron hacia occidente en dos corrientes, una que tomó la dirección Noroeste y la otra que pobló las orillas del Mediterráneo. Este movimiento nos pone más al alcance de la etnología moderna. No existía ningún mar Mediterráneo antes de los cambios causados por los cataclismos de hace unos 200.000 años, pero su formación parece que influyó algo en la determinación del movimiento celta; pues las convulsiones de que se originó legaron á la raza, que constituía ya un gran pueblo en la dilatada cuna de su primer desarrollo, un sentimiento de ansiedad pronunciada respecto de la duración de su propio territorio. Entre ellos existían tradiciones de vastos cambios geográficos desde la era remota del primer gran disturbio, y experiencias posteriores vinieron á darles la alarmante certeza de la verdad de tales tradiciones. En realidad, ningún cataclismo amenazaba la morada de sus abuelos, pero el temor á los mismos, unido á la presión de una población creciente, los impulsó á las aventuras coloniales.

Para comprender los comienzos de la quinta subraza — de nuestra gran raza raíz quinta — á la que ya hemos denominado teutónica, y á la cual parece que pertenecen la mayor parte de los habitantes de la Europa moderna que no son celtas, debemos volvernos al último mapa de la serie Atlante, el que nos muestra el estado del mundo después de la catástrofe de hace 80.000 años, cuando Europa era casi lo que actualmente, aunque las islas británicas formaban aún parte de la masa del continente. La forma actual de las peninsulas Ibérica, Italiana y de los Balcanes estaba ya definida, y la raza teutónica que tenía su cuna en la región del Cáucaso, se extendió al Nordeste, sobre todo lo que es hoy la Europa

central y Alemania. «La estrella del Imperio dirige su curso hacia occidente», según gustan decir los californianos modernos, aunque en su boca la frase tiene un significado de carácter mucho más limitado que el que comprende cuando se trata del curso de la evolución de nuestra Quinta Raza.

El ardiente patriotismo de nuestros primos trasatlánticos quizá se estimule con la certeza de que la corriente hacia occidente de la evolución de la raza, promete realmente continuar en su antiguo lecho. La sexta subraza de la quinta no se ha desarrollado aún de un modo definido, pero está en su proceso de crecimiento en los Estados Unidos, en donde la población ha reunido á su tronco anglo sajón tantas otras venas de la sangre de la Quinta Raza que está en camino de desenvolver un nuevo tipo suyo propio. La difusión general más patente en América de facultades psíquicas, comparada con su menor difusión general en Europa, es una de las circunstancias que para la observación de los estudiantes de ocultismo entre nosotros, está llena de significación. No debemos caer en el error de suponer que la espiritualidad de la sexta subraza diferirá de modo notable de la quinta ó de la cuarta; pero en el remoto porvenir, cuando la sexta raza raíz venga á la existencia, las facultades psíquicas altamente desarrolladas, será, según entiendo, la regla general en lugar de la excepción, y los ciclos menores siempre tienen alguna semejanza con los mayores.

La séptima subraza de la quinta no estará en situación de heredar la tierra durante un largo curso de milenios, sobre el cual nada puedo decir, pero en los grandes designios de la naturaleza tengo entendido que el continente Sur americano está destinado á ser su cuna. Mientras tanto, habrá tiempo muy suficiente para que se verifiquen cambios en los sistemas políticos de esa parte del mundo que la puedan colocar en una situación tan distinta de la actual como la de la moderna Inglaterra difiere de la de la Heptarquia.

En cuanto á los comienzos de la futura sexta raza raíz, se comprenderá por el bosquejo que hemos hecho del pasado, que nada podemos especular sobre ella. La configuración geográfica de la tierra sufrirá nuevos cambios antes que la sexta raza raíz principie á dejar sentir su influencia en la evolución, y nada se opone, á nuestro entender, á la suposición de que pueden transcurrir muchos millares de años antes de que los altos poderes á quienes concierne, intenten la tarea de su inaugura-

ción, la cual corresponderá á la inauguración de la Quinta Raza en aquella cuna hace tanto tiempo transformada: las orillas del olvidado mar del Asia central. Ni tampoco tenemos aún clave alguna para comprender la manera cómo comenzará la sexta raza raiz. El mundo de hoy es muy distinto del mundo de hace un millón de años, y podemos tener la seguridad de que el programa de selección adoptado entonces, no sería hoy posible. Pero el Manu de la futura raza raíz sabrá indudablemente, cuando llegue el tiempo, lo que tiene que modificar en los antiguos métodos, siendo este un asunto en que toda especulación resultá ociosa.

A. P. SINNETT

El Idilio del Loto Blanco

PREFACIO

Las páginas siguientes contienen una narración de todas las épocas y de todos los pueblos. Es la tragedia del alma. Atraída por el deseo, elemento dominante en la naturaleza inferior del hombre, llega al pecado; reconcentrada en sí misma por los sufrimientos, vuélvese en demanda de auxilio al Espíritu redentor é interno, y en el sacrificio final realiza su apoteósis, de la cual brotan bendiciones sobre la humanidad.

PRÓLOGO

Mirad, yo he permanecido solo, uno entre muchos, un individuo aislado en medio de una multitud unida. Y estaba yo solo, porque entre todos los hombres, mis hermanos, que sabían, era yo sólo el hombre que sabía y que enseñaba á la par. Yo enseñaba á los creyentes en la puerta, y era impulsado á hacerlo por el poder que reside en el santuario. No podía dejar de hacerlo, pues en aquellas tinieblas profundas del más sagrado de los tabernáculos, contemplaba yo la luz de la vida interna, me sentía impulsado á revelarla y por ella era yo sostenido; ella era quien me comunicaba fuerzas. Porque, á la verdad, si bien morí, fueron necesarios diez sacerdotes del templo para matarme, y aun entonces ellos, llenos de ignorancia, se consideraron á sí mismos poderosos.

LIBRO I

CAPÍTULO I

Cuando mi barba era tan sólo un vello suave, atravesé las puertas del templo para empezar mi noviciado en el orden sacerdotal.

Eran mis padres pastores; vivían fuera de la ciudad. Sólo una vez había yo traspasado sus murallas antes del día en que mi madre me condujo á la puerta del templo. Era día de fiesta en la ciudad, y mi madre, mujer frugal é industriosa, hizo dos cosas á un tiempo con su viaje. Me condujo á mi destino, marchándose después á gozar de un breve día de descanso en medio de los espectáculos y escenas de la ciudad.

La multitud y confusión de las calles me aturdían. Creo que siempre ha procurado mi naturaleza abandonarse al Gran Todo, del cual es tan sólo una porción muy diminuta, y abandonándose así, atraer del mismo hacia ella aquello que sostiene la vida.

Pero pronto nos libramos de aquella confusión y muchedumbre. Entramos en una pradera, verde y extensa, limitada en un extremo por nuestro río sagrado. ¡Cuán vivamente se presenta todavía aquella escena ante mis ojos! A orillas del río contemplo las cúpulas labradas y los adornos resplandecientes del templo, con sus dependencias, destacándose en el aire puro de la mañana. No sentía yo temor ninguno, pues carecía de toda expectación definida. Pero me tenía preocupado el saber si la vida dentro de aquellas puertas era tan bella como me parecía á mí que debía serlo.

A la entrada vi á un novicio, vestido de negro, que hablaba con una mujer de la ciudad, la cual llevaba unas vasijas con agua y pedía con empeño que se la bendijera un sacerdote. Con ella se marcharía como artículo precioso para la venta, pues cara la pagaría el populacho supersticioso.

Miré al través de la puerta mientras aguardábamos nos llegase el turno para hablar, y lo que vi me llenó de temor. Aquel temor duró largo tiempo, aun cuando llegué á familiarizarme con la figura que tanto me impresionó entonces, hasta el punto de verla casi á todas horas.

Era uno de los sacerdotes de blanca túnica, que lentamente se dirigía hacia la puerta, á lo largo de la amplia avenida. No había visto sacerdotes de vestidura blanca antes de aquella ocasión única en que había visitado

la ciudad. Había visto entonces á varios de ellos en la barca sagrada al celebrarse una procesión en el río.

Pero ahora aquella figura se hallaba próxima á mí, se acercaba; y yo contenía mi aliento.

El aire estaba tranquilo en verdad; pero á medida que se movía el sacerdote bajo la sombra de la avenida, parecía no existir brisa terrena capaz de poner en movimiento aquellas blancas y majestuosas vestiduras. Su paso tenía el mismo aspecto de impasibilidad. Se movía, y, sin embargo, parecía casi imposible que pudiese andar al modo de los demás mortales. Sus ojos permanecían fijos en el suelo, de manera que yo no podía verlos; mas yo temía el momento en que aquellos párpados caídos se levantasen. Su complexión era hermosa y sus cabellos de un dorado obscuro. Era su barba larga y poblada, pero imaginábamela yo con el mismo aspecto extrañamente inmutable, casi escultural; no podía suponerla agitada por el viento; parecíame, á modo de fragmento de oro labrado, firme y fijo por una eternidad. La impresión general que aquel hombre me produjo, fué la de un ser aparte por completo de la vida ordinaria de los hombres.

Miró en torno suyo el novicio, probablemente á causa de mi mirada intensa, pues ningún ruido producían las pisadas del sacerdote.

—¡Ah!—dijo;—he aquí al santo sacerdote Agmahd: se lo diré.

Cerrando tras sí la puerta, dirigióse hacia el interior y le vimos hablar con el sacerdote, que movió ligeramente la cabeza. Volvió, y tomando á la mujer las vasijas de agua, las llevó al sacerdote, el cual extendió su mano encima de ellas durante un segundo.

Recibiólas ella con grandes muestras de agradecimiento, y entonces se nos preguntó lo que deseábamos.

Bien pronto me quedé solo con el novicio de negra túnica. No sentía tristeza, pero sí extraordinario temor. No era cosa que me hubiese preocupado mucho mi antigua ocupación de guardar las ovejas de mi padre, y, por supuesto, me dominaba la idea de que me encontraba á punto de convertirme en algo distinto del común de los mortales. Esta idea arrastrará á la pobre naturaleza humana á través de las pruebas más severas, más crueles que la de abandonar para siempre el hogar y de entrar por fin en un proceso de vida nuevo y no experimentado todavía.

Giró la puerta detrás de mí, y el hombre de negra túnica la cerró con una gran llave que pendía de su cinturón. No me produjo este acto senti-

miento alguno de encarcelamiento, sólo sí la conciencia de la reclusión y de la separación. ¿Quién hubiera podido asociar la idea de encarcelamiento con una escena como la que ante mis ojos se desarrollaba?

Las puertas del templo estaban en frente del vestíbulo, al extremo opuesto de una avenida ancha y bella. No era una avenida natural, formada por árboles plantados en la tierra en todo el esplendor de la vegetación lozana. La constituían grandes cubos de piedra, de los cuales brotaban arbustos de tamaño enorme, pero que evidentemente estaban dispuestos y cuidadosamente arreglados para presentar las extrañas formas que tenían. Intercaladas con los arbustos había unas filas de bloques de granito que servían de pedestales á figuras esculpidas. Las estatuas más próximas á la puerta representaban esfinges y grandes animales con cabezas humanas; pero después ya no me atreví á levantar los ojos para contemplarlas con curiosidad, pues observé que en el curso de su paseo regular de arriba á abajo se aproximaba á nosotros Agmahd, el sacerdote de barba dorada.

Andando al lado de mi guía mantenía mis ojos fijos en el suelo. Cuando se detuvo, me detuve también yo y encontráronse mis ojos con la franja de la blanca túnica del sacerdote. Aquella franja tenía delicadamente bordados caracteres de oro, y fué lo suficiente para absorber mi atención y tenerme maravillado durante un rato.

«¿Un nuevo novicio?», oí decir á una voz muy dulce y tranquila. «Bien, llévalo á la escuela; es todavía muy joven. Levanta los ojos, muchacho, no temas.»

Los levanté muy animado con estas palabras y me encontré con la mirada del sacerdote. Sus ojos, como vi entonces en mi confusión, eran de color inestable: azules y grises. Pero, á pesar de su tono suave, no me infundían el ánimo que su voz me había inspirado. Reinaba en ellos una gran calma á la verdad; revelaban plenitud de conocimientos, pero me hacían temblar.

(Se continuará.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.